día ofrecer su unión con él. Por la noche, al acostarse, servida por la mulata, que por nada del mundo habría permitido que se acercase una doncella al «ama», bromeaba, contando los incidentes de su entrevista:

—No me ha dicho que me ama, Leila; pero, sin embargo, tenía las palabras en los labios..... Yo lo adivinaba en su temblor, en su palidez..... Ha tenido fuerza para callarse..... ¿Qué es lo que espera para hablar?

—¿Lo deseáis, ama?

—Tanto me da él como otro..... No me disgusta..... Es muy rico..... Pero todos estos europeos tienen la sangre helada en las venas..... Un criollo lo habría dicho todo hace tiempo..... Y habría sabido hacerse amar..... El, viene, saluda, se sienta, habla con tranquilidad, me dice algunas galanterías, y de ahí no pasa: ¡vaya unas noches! Se ocupa asiduamente de mi madre, se hace contar por ella sus pequeños achaques diarios, y la compadece con una benévola sonrisa; toma una taza de té, se levanta á las once, saluda, nos dice algunas palabras amables á Teresa y á mí, me echa una lánguida mirada y se retira sin haber dado un paso más en mi intimidad. Al paso que esto va tiene trazas de durar diez años.

—No tenéis más que dieciséis, amita; y esto es, acaso, lo que le contiene.

—Dieciséis años, sí; pero para una criolla son lo mismo que veinte para una europea. Mira á Teresa: es una niña y tiene la misma edad que yo.

Leila movió gravemente la cabeza, y dijo:

—Teresa no es una niña. No os fiéis de Teresa. Sabe ver y comprender..... Pero es prudente y fría. Tampoco dirá ésta más de lo que quiera decir.

—¿Qué significa eso? Explícate.

—Observadla cuando el señor de Ploerné está aquí, entre ella y vos. En vez de entreteneros en trastornarle la cabeza á vuestro galán, mirad á vuestra prima y sabréis algo que no sospecháis y que yo he sabido descubrir.

—¿Que ama á Raimundo?

Sus ojos lanzaron un relámpago; sin embargo, añadió tranquilamente:

—¡Pobre muchacha! Si eso fuera así, se le dejaría sin dificultad.

Y en sus labios se dibujó una sonrisa diabólica.

—¿Pero consentiría él?..... Me ama á su modo, que no es el que yo preferiría, pero creo que me ama verdaderamente.

—Sí, amita, verdaderamente..... Sin embargo, observad á Teresa..... ¡Conviene saber qué es lo que se puede temer!

Lydia se encogió de hombros

—¡Temer de esa niña! No la conoces, Leila. Tiene la vocación del sacrificio..... Cuanto más le hiciera sufrir un sacrificio que le impusiera su conciencia, más pasión pondría en cumplirlo..... Está llena de virtudes..... Yo creo que las virtudes son propias de las almas frías.

Al hablar así, despeinábase, mirándose con complacencia en un espejo, y sonreía á la graciosa imagen que le devolvía su sonrisa. Y se puso á tararear, pareciendo haber olvidado completamente el asunto de que acababan de hablar ella y su confidente. En realidad seguía pensando en ello, pues no perdía de vista tan fácilmente lo que le interesaba, pero ocultaba su preocupación, aun á Leila, con una indiferencia fingida. Con acento de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

orgullosa seguridad murmuró otra vez: «¡Pobre muchacha!» Después despidió á su nodriza y se quedó sola.

Al día siguiente observó á su prima, como le había aconsejado la mulata. Pero Teresa no descubrió nada de sus sentimientos. Aquella dulce rubia tenía un carácter firme; y cuando se trazaba una regla de conducta, no la infringía. Desde el primer día había notado la impresión que Lydia producía en Raimundo. No se le escapó ninguno de los mudos éxtasis del marino, y estremecióse con un repentino dolor. Hasta entonces había mostrado á su primo mucho afecto. Había sentido siempre mucho placer al verle; pensaba libremente ante él; mostrábase con naturalidad, tal como era, con la franqueza y sencillez de su carácter. Entre ella y él nunca hubo secretos. Todo se lo decían, y Teresa se había explicado con una confianza y una seguridad absolutas cuando Raimundo le preguntó acerca de sus veleidades religiosas. A decir verdad, en aquella misma época, algunas semanas antes de la llegada de las señoras de Saint-Maurice, el corazón de la joven era libre, y sin ningún sacrificio se habría consagrado al culto del Señor renunciando á todas las alegrías de la vida. Si amaba á Raimundo era como una costumbre, y tan naturalmente, que no se daba cuenta de ello.

Viendo al marino mirar á Lydia fué como Teresa se estremeció por primera vez hasta el fondo del alma. Notando que tenía una rival en el corazón del joven, y una rival preferida, fué como se encendieron sus celos, descubriéndole sus sentimientos reales. Sintió un horrible dolor, en primer lugar, porque se le escapaba un afecto que ella esperaba que le fuera siempre fiel, y luego porque

estaba humillada al sentirse envidiosa de la dicha de Lydia. Para aquella joven delicada y generosa, los celos fueron considerados como un sentimiento bajo, casi degradante, y tomó la firme resolución de no dejarlos ver jamás. Desde entonces púsose sobre sí, y cuando Lydia y Raimundo estaban cerca de ella, su rostro se hacía de mármol, para no descubrir nada de lo que la martirizaba. Cuando se quedaba sola tenía accesos de desesperación, durante los cuales expiaban los ojos penetrantes de Leila.

Sin la mulata nadie habría podido sospechar nunca el amor que Teresa había consagrado desesperadamente á Ploerné. ¿Pero de qué había de servir el descubrimiento de la nodriza, puesto que Lydia, poseída de un soberbio é inconsciente egoismo, no tenía para nada en cuenta los sentimientos de su prima, y, con una serena ferocidad de ídolo, aceptaba los mudos homenajes de Raimundo, aunque debiesen costar á Teresa todas las lágrimas de su corazón? Sin embargo, una circunstancia prevista por el marino, aclaró la situación. Llegó una orden de embarque para el teniente Ploerné. Debía, sin tardanza, ponerse á disposición del prefecto marítimo de Tolón y partir para el Tonkín.

Era en el momento en que la expedición francesa encontraba las más graves dificultades. El almirante Courbet acababa de tomar el mando del ejército y marchaba sobre Hanoï. Para un soldado como Ploerné, todo era motivo de alegría en aquella orden de embarque, que le llevaba á donde se batían, donde había servicios que prestar, ascensos y glorias que recoger. Seis meses antes, Raimundo habría saltado de alegría. Ahora amaba, y se dispuso con varonil tristeza á obedecer las órdenes de

sus jefes y á abandonar la Francia. Aquella misma noche se presentó en el hotel de la avenida Hoche. Contra su costumbre, iba de uniforme. Al entrar en el salón, donde estaban la señora de Saint-Maurice, Lydia y Teresa, fué acogido por las exclamaciones de las jóvenes:

—¿Cómo, de gran uniforme? ¿Qué significa eso? ¿Venís de alguna recepción oficial?.....

—Vengo, en efecto, del ministerio—respondió Ploerné con una sonrisa—pero no había recepción, muy al contrario.

—¿De asuntos?

—¿Muy serios?

—Sí, de asuntos muy serios. Me marcho mañana con urgencia.

—¡Os marcháis!

Esta exclamación se escapó á la vez de los labios de Lydia y de Teresa, con la misma entonación y revelando un interés tan semejante, que las dos jóvenes enrojecieron y se miraron llenas de turbación.

—¿Y adónde vais?—preguntó Lydia repuesta la primera de su emoción.—¿Lejos?

—Muy lejos.

—¿Para mucho tiempo?

—Para mucho tiempo..... Acaso para siempre.

—¿Y tendréis que batiros?

—Ya sabéis—dijo Ploerné con melancolía—que para nosotros los marinos no es necesario que tengamos que batirnos donde vayamos, para que corramos peligros. La mar es terrible, los climas son mortíferos. No tenemos más que elegir para encontrar ocasiones de jugarnos la vida..... Allá adonde voy todo está reunido: peligros del mar, del clima y de la guerra. Por lo demás es un puesto de honor. Allí no se envía más que á los oficiales con quienes se puede contar..... Ascenderé, ó.....

El marino hizo un gesto decidido, iluminó su rostro con un rayo de confianza y con voz firme

—¡Sí, ascenderé! Cuando vuelva tendré cuatro galones en mi manga, seré capitán..... Lo más difícil de mi carrera estará hecho.

La señora de Saint-Maurice, que había escuchado, primero con sorpresa, después con interés, las preguntas y respuestas cambiadas rápidamente delante de ella, aprovechó un momento de silencio, y dijo:

—¿Cómo, sobrino? ¡Apenas nos hemos reunido, y á costa de tantas penas, y ya nos vamos á separar! ¡Llegamos nosotras, y en seguida os vais! Verdaderamente es una noticia muy triste. ¿Y á dónde vais fijamente?

—Parto, tía mía, pasado mañana para el Tonkín, en el vapor *Normandía*, con otros cuatro oficiales y doscientos cincuenta hombres. Vamos á llenar los huecos que hay en el estado mayor y en las tripulaciones. Desde allí, según las órdenes que recibamos del almirante á nuestra llegada, nos reuniremos á él en Hanoï ó nos incorporaremos á la escuadra. En tierra ó en mar, acaso en el uno y en la otra, nos batiremos, esto es lo que puedo aseguraros, y de firme. Porque gentes á quienes se lleva tan lejos no están de buen humor, y cuando pegan, pegan fuerte.

—Mal oficio es el vuestro, sobrino—añadió la señora de Saint-Maurice.—Pero lo que más me disgustaría sería la navegación. Me ha destrozado tanto mi travesía de la Martinica á Francia, que

aunque se tratara de mi vida, no la volvería á comenzar.....' Así, no me puede entrar en la cabeza que haya medio de vivir á bordo de vuestros barcos. ¡Estar sin cesar saltando hacia atrás, hacia adelante, de lado, sobre aquellas tablas! Me parece que preferiría hundirme en el mar para acabar en seguida.

Raimundo y las jóvenes dejaban á la condesa discurrir á sus anchas y no la escuchaban. Se habían agrupado cerca de la ventana y hablaban en voz baja. Al cabo de un instante, por un acuerdo tácito, se levantaron y abrieron una puerta de cristales que daba al vestíbulo y bajaba al jardín. Se ahogaban en el salón, y tenían necesidad, para sus corazones oprimidos, del aire libre y la frescura de la noche.

—¡Llevad cuidado con el frío!—les gritaba la condesa, siempre transida.—¡Son tan húmedas estas noches de Francia, aun en el mes de Julio!

Llamó á Leila y le ordenó que llevara los chales á Lydia y á Teresa.

Los jóvenes paseaban ya por el jardín. Hacía un tiempo delicioso, de una penetrante dulzura. De los bosquecillos subía el aroma de las clemátidas y de los jazmines. Y, entre las dos jóvenes, bajo el cielo cuajado de estrellas, á la luz de la luna, Raimundo se sentía lleno de una amarga tristeza. ¿No era lo que amaba más en el mundo lo que tenía cerca de sí en aquel momento, y que iba á dejar? De un lado aquella á quien conocía desde su infancia, que había visto crecer, que amaba como á una hermana; del otro aquella que había llegado hacía pocas semanas, pero como una conquistadora, para apoderarse de él completamente y á quien adoraba con todas las fuerzas

de su alma. ¡Qué alegría tenerlas allí á las dos, poder decirles esas cosas que dan á los momentos en que se escuchan una solemnidad que los hace inolvidables y los graba en el espíritu como testamentos de amor! ¡Y qué desgarrador era pensar que la noche siguiente no le vería ya entre aquellas dos caras criaturas, y que mientras ellas estarían aún en el hermoso jardín, embalsamado con el perfume de las plantas, él marcharía sobre las tablas del barco, que lo llevaría hacia lo desconocido, acaso hacia la eternidad! Su firme carácter tuvo un desfallecimiento, y con los ojos húmedos y la voz temblorosa:

—¿Al menos pensaréis en mí algunas veces—preguntó—cuando esté tan lejos?

Teresa se puso un poco pálida, y fijando en él su limpia mirada, contestó:

—No me dormiré ni una noche, Raimundo, sin haber rezado para que nos seáis devuelto sano y salvo.

Lydia, con tono ligero, dijo á su vez:

—¡Cómo es posible que os olvidemos, primo!

Raimundo frunció el ceño. Habría querido encontrar en la respuesta de Lydia el acento solemne y casi religioso que había tenido la declaración de Teresa. Pero la que él amaba tanto, aquella á quien hubiera querido ver palpitar con una emoción semejante á la que él experimentaba, aquella cuya angustia debía ser como un eco de la suya, estaba tranquila y como indiferente. Mientras que la amiga á quien iba á abandonar con el corazón tranquilo, con un sencillo adiós, tenía en los labios el temblor que anuncia las lágrimas prontas á brotar, aquella mirada fija que denota el

embebecimiento del espíritu en un pensamiento único y desesperado.

Raimundo no vió la turbación de Teresa, sino para notar con más amargura la sangre fría de Lydia. No pensó que la una pudiera amarle. No tuvo más que la sospecha desolada de que la otra no le amaba. El invencible deseo de penetrar en aquel corazón, que juzgaba todavía cerrado, se le impuso. Y se dijo: «Si no le confieso mi amor esta misma noche, si no obtengo de ella un compromiso, ¿cómo podré alejarme y vivir? ¡Oh, no tengo más que un momento para hablarla, y delante de Teresa me es imposible!»

Se aproximó á Lydia con tal ardor, su rostro expresó tan apasionadamente el deseo que tenía de encontrarse á solas con la joven, que el pecho de Teresa se levantó lleno de sollozos. Volvióse ésta para enjugar una lágrima que no había podido contener, y, bajando la cabeza con resignación, decidida á sacrificarlo todo al que amaba con una ternura profunda y absoluta, dijo:

—Decididamente hace un poco fresco esta noche..... Me voy con la tía.

Vió iluminarse el rostro de Raimundo con un rayo de alegría, que le sirvió á la vez de consuelo y de tormento, y, sin volver la cabeza, subió los escalones del vestíbulo y entró en el salón.

Ploerné, al quedarse sólo con Lydia, permaneció un momento silencioso. Menos preocupado de lo que tenía que decir, pudo preguntarse por qué Lydia no había seguido á su prima y se quedaba á su lado. ¿Habría resuelto acaso que Raimundo no podía partir sin tener una explicación decisiva con ella, y se prestaba fácilmente á una entrevista? Aquella linda cabecita, ¿abrigaría algún cálculo?

Aun en esto, el teniente habría tenido ocasión de comparar la conducta de las dos jóvenes, y sin duda la ventaja no hubiera sido para Lydia. Pero Raimundo no veía más que un talle esbelto, hombros llenos y elegantes, ojos de diamante negro y labios de rosa, que sonreían. Fuera de aquella maravilla, nada existía para él que mereciera admiración, adoración y respeto.

Habían reanudado su paseo á pasos lentos, en medio de la noche transparente. Llegaron á un bosquecillo, en cuyo centro, en un macizo de rosales, se alzaba una estatua de mármol sobre un pedestal de piedra enguirnaldado de madreselva. Al pie había un banco, en el cual se sentaron. Y allí, Raimundo, haciendo un esfuerzo de valor más grande que el día en que por primera vez había marchado al ataque de una batería, murmuró en voz baja:

—Lydia, el dejaros es para mí un cruel dolor..... No podéis comprender mi pena, puesto que no participáis de ella..... Creed que es bien amarga, bien imposible de consolar.

Lydia alzó sus ojos de fuego, y con aquella voz grave que hacía estremecer á Raimundo:

—¿Por qué decís que no participo de vuestra pena?..... ¿Me creéis tan indiferente?

—¡Oh! Sé que sois buena, y creo que no dejaréis partir, sin algún sentimiento, á un amigo, por tanto tiempo y tan lejos. Pero ese sentimiento de tristeza que experimentaríais por cualquier otro, está bien lejos del que yo siento y del que yo quisiera veros sentir. Hace pocos meses que nos conocemos, Lydia, y ocupáis un lugar inmenso en mi pensamiento. Inmenso, sí, porque en el momento de alejarme de mi país, de todos los míos, no tengo más que una preocupación, un pensa-

miento, vos. Y si me veis atormentado, inquieto, desgraciado, es porque mi única dicha era vivir cerca de vos y porque vamos á separarnos.

La joven, á aquella declaración tan clara y expresada ardientemente, quedó inmóvil y fría. Ni una de las encorvadas pestañas que velaban sus hermosos ojos tembló. Estaba tan dueña de sí misma, como Raimundo febril y vibrante.

—¿Por qué partís — dijo — si eso os aflige tanto?

—Sois una niña, Lydia, y no conocéis los deberes de un soldado. ¡No partir! Cuando se me manda ir al enemigo, eso sería faltar al honor. Es la única cosa que no estoy dispuesto á hacer por vos. Es preciso, pues, que yo me vaya y que os deje detrás de mí, bella como sois y destinada á todas las adoraciones, á todas las solicitaciones..... ¡Comprended mi tormento!..... Os amarán, os lo dirán, y acaso vos misma..... ¡Oh, Lydia! ¡Qué tormento para el ausente que lleva vuestra imagen en su corazón, que no va á vivir más que para vuestro recuerdo y que no tiene derecho á esperar nada, porque ni siquiera os ha confesado su amor, y vos no habéis contraído ningún compromiso con él!

—¿Y es esa la causa de vuestra pena y de vuestra inquietud?—dijo tranquilamente Lydia.—Convenid, sin embargo, en que yo no podía, á menos de estar dotada de penetración sobrenatural, adivinar lo que pasaba en vuestro espíritu..... Venís aquí desde hace muchos meses, casi todos los días, y me veis en la más estrecha intimidad. No creo que me haya mostrado con vos muy feroz. Y no decís nada, ni siquiera suspiráis. Porque hay que confesar que sois un enamorado bien discreto, y que con vos no hay que defenderse mucho.

—¡Lydia, Lydia!—murmuró Ploerné.—¡Os burláis ahora cuando veis que lloro!

—¿Y qué queréis que haga? No puedo, sin embargo, echarme en vuestros brazos, gritando, con vos, de desesperación. Soy más razonable. Me limito á reñiros por vuestra discreción exagerada, que ha esperado hasta el último momento para hacerme conocer el estado de vuestro corazón..... No me miréis con ese aire desolado..... No soy muy dura con vos..... Todavía no os he dicho que rechace vuestra demanda. Y tranquilizáos, no os lo diré.

Raimundo lanzó un grito de alegría. Cogió la pequeña mano de su prima y la guardó estrechamente apretada, como para tomar posesión de toda su persona. Lydia, conmovida por aquella pasión tan sincera y que estallaba ardiente como un fuego cubierto mucho tiempo, sonrió con más dulzura, y dijo:

—¿Queréis que os espere?..... Os esperaré. Soy muy joven. No me encontraréis muy cambiada á vuestra vuelta, que espero no tardará mucho.

—¡Ah! Yo pagaré con mi sangre la alegría suprema de volver pronto á vuestro lado.

—Economizad esa sangre que ahora me pertenece—interrumpió la criolla con su voz profunda.—Sé que sois valiente; no seáis imprudente. El medio más seguro de ser dichoso á mi lado, es volver sano y salvo. No pienso en ser viuda antes que casada. Pensad en mi pena si os viera volver herido, mutilado. ¡Son ahora tan terribles las armas!.....

Las palabras que había pronunciado la joven eran de una indiferencia razonada y glacial. Pero Raimundo no oía á Lydia, no oía más que el him-

no triunfante de su corazón embriagado. Ahora podía partir, el alma en paz. Lydia se había comprometido á esperarle. La salida de la campaña que iba á emprender sería ó la muerte ó la felicidad. No temía á la una y aspiraba á la otra. Todas las nubes que oscurecían su pensamiento se habían disipado en un instante. ¿Qué suerte más hermosa que la suya? Soldado, iba á batirse. Amante, era amado. Le animaba una confianza absoluta. No admitía que pudiera realizarse ninguna de las malas probabilidades que iba á afrontar. Sentíase con tal fuerza de vida, que estaba seguro de vivir. Y, viviendo, Lydia sería suya.

Permanecieron así sin hablar durante bastante tiempo, hasta que la joven dijo á Raimundo:

—Hace cerca de una hora que estamos de conversación. Es preciso volver. Por lo demás, tenéis que hablar á mi madre. Conviene que sea por vos por quien sepa estas promesas que hemos cambiado.

Levantóse, y en la acariciadora claridad de la luna sonreía á su amigo. Estaba tan bella de aquel modo, que él la cogió entre sus brazos y la oprimió contra su pecho. Ella no hizo ninguna resistencia. Y con la cabeza apoyada sobre su hombro siguió mirándole con sus ojos radiantes y puros. Entonces, inclinándose sobre la frente de Lydia, que brillaba bajo sus negros cabellos, Raimundo le dió el más casto y el más delicioso beso. Pero la hija de los trópicos, animándose de repente, como si aquella caricia hubiera encendido en ella misteriosos ardores, alzóse sobre la punta de los pies, cruzó por detrás del cuello del joven sus brazos nerviosos, y, colgada á él como una liana, posó su boca de rosa sobre los labios temblorosos de su

amante. Parecióle á Ploerné que acababa de ser atravesado por una llama, y, temblando, trastornado, volvió con ella al salón donde esperaban Teresa y la señora de Saint-Maurice.

La buena señora comenzaba á dormitar; y su sobrina, sentada á su lado, meditaba profundamente. Mientras que ella estaba allí, Raimundo y Lydia, solos en el jardín, se confesaban su mutua ternura. Había sentido bien, en la turbación de su corazón, que tenían que hacerse una confidencia. ¿Y cuál podían hacerse, más dolorosa para Teresa, que la de Raimundo? Sin embargo, favoreció su acuerdo. ¿Pero había sido tan heróica la pobre niña al alejarse? Un secreto instinto le daba la seguridad de que si no se marchaba, Raimundo, en el desorden de espíritu en que le ponía la obligación de separarse de la que amaba, iba á hablar delante de ella. Sí, nada le habría contenido, á él que callaba hacía tanto tiempo. Estos tímidos, acosados por la necesidad de obrar, se hacen temerarios y no conocen freno. Teresa había huído ante la confesión.

Y ahora, en el salón, en la apacible claridad de la lámpara, al lado de su tía que dormitaba, inconsciente de lo que sucedía, estaba, con los ojos fijos y la frente inclinada, dando vueltas á dolorosas ideas. El recuerdo de aquel sueño que la había turbado en varias ocasiones antes de la llegada de sus parientas y del cual había hablado á Raimundo, volvía con una persistencia de presagio. Volvía á ver el negro barco que traía á las dos mujeres y á la sombría mulata, y una voz murmuraba á su oído las extrañas palabras que habían espantado su sueño: «La que viene te quitará todo lo que tú posees y todo lo que tú amas. Ya no tendrás ni fortuna ni afectos. ¡Para ella será tu parte de di-

cha en la vida!» Y ésta, la que había siempre adivinado ser Lydia, morena y pálida, con ojos diabólicos, reía enseñando sus blancos dientes, mientras que las otras dos extrañas, la madre y la mulata, aprobaban con la cabeza el monstruoso despojo.

Teresa lanzó un suspiro y sintió oprimírsele el corazón. ¿No estaba á medio cumplirse la conquista que profetizaba el sueño? ¿No estaba ya desposeída del amor de Raimundo? ¿No estaba ya casi completamente robada su parte de dicha? ¡Oh! ¿Debía defenderla? ¿No la daría voluntariamente toda entera, por reconquistar el corazón del que amaba y que no lo sospechaba?

Sin embargo, surgió en su espíritu un pensamiento que por un momento la devolvió la esperanza. ¿Y si Lydia no acogía las pretensiones de Raimundo? ¿Y si no le gustaba? La nube que acababa de disiparse se volvió á condensar más espesa y más obscura. ¿Cómo admitir que á Lydia no le gustase Raimundo? ¿Qué mujer sería tan insensata que desdeñase el amor de tal hombre cuando lo ofreciera de rodillas? ¡No! Todo había acabado; ya no había para la pobre Teresa más que sufrir y llorar. ¡Oh! ¡Cómo habría querido desaparecer en un instante, para escapar á la necesidad de oir la revelación de la dicha de la otra! Aniquilarse, dejar de existir, no tener ni ojos ni oídos, ser una materia inerte, insensible, como muerta. No tener que sonreir, cuando quisiera llorar; que felicitar, cuando quisiera maldecir; poder ocultar, en fin, la sangrienta llaga, abierta en lo más sensible de su corazón. Porque aún aceptaba el sufrir, pero no soportaba la idea de que lo supiesen. Después del dolor de ser desdeñada, rechazaba la vergüenza de ser compadecida.

En medio del desorden de sus pensamientos, se abrió la puerta del jardín, y Lydia y Raimundo, cogidos de la mano, entraron en el salón. La señora de Saint-Maurice se despertó sobresaltada. Teresa permaneció inmóvil, sin respirar y sin ver. Había leído su sentencia en el rostro radiante de Pleorné. Lydia se adelantó hacia su madre, señalándole al joven, que sonreía como embriagado:

—Mamá—dijo sencillamente—Raimundo acaba de decirme que me ama y nos hemos dado palabra de casamiento.

La señora de Saint-Maurice golpeó sus manos, con gozoso asombro, y exclamó:

—Vaya, sobrino, queréis convertiros en hijo mío; aunque no podré amaros más.... Pero, ahora que caigo, ¿no os vais? ¿Cómo nos las vamos á arreglar?

—Esperaremos á que vuelva, mamá..... Esto me dejará envejecer un poco..... De lejos me amará como de cerca..... Y cuando vuelva será para no marcharse otra vez..... ¿Verdad, Raimundo?

—Sí, ciertamente, me comprometo á ello; me consagraré por completo á vosotras.

—Está bien, hijos míos, si estáis contentos así..... Esperar es todavía una de las cosas más fáciles de hacer en el mundo. El porvenir se encargará de arreglarlo todo. Pero venid aquí, sobrino, que os abrace.... Vaya, me parece que lo habéis hecho á la americana. Lo habéis terminado todo entre vosotros dos. Porque yo no sospechaba nada..... Y tú, Teresa, ¿no estabas en el secreto?

A los ojos de la niña se agolparon las lágrimas, pero estaba en la sombra y pudo ocultarlas.

—No, tía—respondió con voz bastante firme.—Como vos, me entero ahora.